



ALMIRANTE BROWN

del motín de Fontezuelos. Una Junta reemplazó á su lado á la disuelta Asamblea. Los partidarios de Alvear, que eran los que se designaron más adelante con el título de *unitarios*, viéronse perseguidos y desterrados.

Mientras tanto, el ejército del Norte, mandado por Rondeau, valiosa selección de las mejores tropas argentinas, sufrió una derrota enorme, como lo había previsto San Martín al estudiar el teatro de la guerra. En 1814 y 1815 había alcanzado Rondeau las victorias del Tejar, Puerto del Marqués y Venta y Media; pero en Noviembre del último año el general Pezuela lo venció y lo copó en las alturas de Sipe-Sipe, anulando este ejército, el mejor de todos los organizados por la revolución.

El desastre de Sipe-Sipe y la derrota de las tropas del Gobierno por las montoneras de Santa Fe, acabaron con la autoridad del Director Alvarez, que dimitió el poder ante el Cabildo, siendo nombrado para sustituirle, en Abril de 1816, el general Don Antonio González Balcarce.

La anarquía empezaba á extenderse por el Río de la Plata, anulando todo intento de autoridad central. Los caudillos de las provincias desconocían el Gobierno de Buenos Aires y atacaban á sus enviados. Artigas en la Banda Oriental, Ramírez en Entre Ríos y Estanislao López en Santa Fe, embarazaban con sus alzamientos armados la acción del Gobierno y sus funciones administrativas.

Afortunadamente, la convocatoria del famoso Congreso de Tucumán vino á contener esta disgregación, restableciendo un poco el orden. Los diputados, reunidos en una pobre casa colonial de la mencionada población, fueron los verdaderos fundadores de la nacionalidad argentina, francamente independiente.

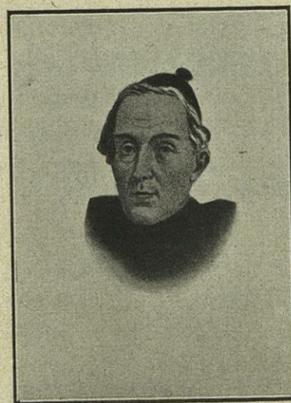
El 3 de Mayo designaron nuevo Director de las Provincias Unidas al general Don Juan Martín Pueyrredón, diputado por San Luis. Pueyrredón, hombre enérgico y de abnegados sentimientos, contuvo la anarquía y auxilió con todos los medios que pudo encontrar la expedición organizada por San Martín en Mendoza.

Los dos actos más memorables del Congreso de Tucumán fueron: la declaración de la Independencia y la proclamación de la República como forma política definitiva del nuevo Estado.

Hay que darse cuenta de la energía que significó en los

ral la guerra civil, titulándose «Protector de los pueblos libres». Las divisiones políticas esterilizaban la acción del Gobierno. Las *montoneras* ó partidas de insurrectos pululaban en todas las provincias. Tal era el desorden y tan extraño el patriotismo de las bandas armadas, que los convoyes enviados á las tropas del Alto Perú desaparecían en el camino robados por los gauchos. Un ejército organizado para limpiar de montoneras la provincia de Santa Fe, se sublevó en Fontezuelos contra el general Alvear, y éste, por hallarse disuelta la Asamblea Constituyente, que era su principal apoyo, abandonó el Directorio, quedando la nación sin gobierno.

El Cabildo de Buenos Aires asumió la autoridad nombrando Director provisional al general Don Ignacio Alvarez Thomas, peruano de nacimiento y uno de los promovedores



FRAY JUSTO SANTA MARÍA DEL ORO

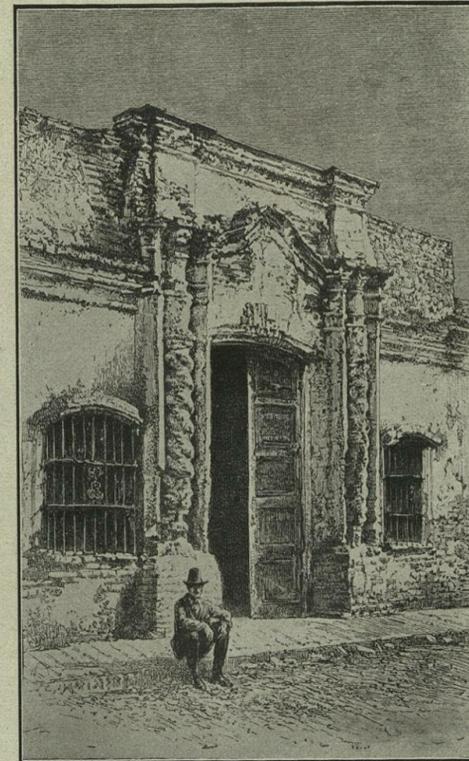
legisladores de 1816 la declaración de la Independencia. El porvenir mostrábase ensombrecido por el peligro y la incertidumbre. Lo mejor de las tropas argentinas acababa de ser deshecho en Sipe-Sipe: no contaban con otra esperanza militar que la que ofrecía San Martín y su expedición, todavía embrionaria: se hablaba de un gran envío de tropas que estaba organizando el rey de España: las montoneras dominaban una parte del país, y los legisladores no estaban seguros de la obediencia de sus provincias. A pesar de esto, el Congreso, por unanimidad, sin vacilaciones ni miedos, acordó, en una hermosa declaración, separarse para siempre de la metrópoli y sus reyes. Afirmaban los diputados, á la faz del mundo, su alejamiento de Fernando VII, á la misma hora en que éste tiranizaba al pueblo español, perseguía á muerte todo intento de libertad y pretendía hacer retroceder sus Estados á la barbarie absolutista.

La proclamación de la República fué un milagro del espíritu democrático que el pueblo argentino mostró siempre, desde los primeros tiempos coloniales. Todos los hombres importantes de la Independencia eran fervorosos devotos de la monarquía, y deseaban un rey para las provincias platenses. Belgrano era monárquico; Rivadavia, monárquico; San Martín, hasta los últimos años de su ancianidad, se mostró partidario de los reyes (1). Todos los argentinos notables por su valor militar ó su talento político, soñaban con erigir un nuevo trono en las orillas del Plata. Unos querían una dinastía incásica; otros, una infanta portuguesa ó un príncipe de Francia. Hasta años después de proclamada la República, cuando la nación pasó por épocas de desorden, hubo políticos que gestionaron en Europa la conformidad de algún pretendiente de sangre real que se prestase á instaurar una monarquía argentina.

En el Congreso de Tucumán la mayoría de los diputados era monárquica. Belgrano defendió con gran calor la proclamación de un rey, y muchos diputados la secundaron. Sin embargo, venció la entereza de la minoría, y lo más original de este debate fué que enfrente de

(1) Yo he tenido en mis manos en Santiago de Chile una carta de San Martín dirigida al general Bulnes, Presidente de aquella República, que guarda el notable historiador chileno D. Gonzalo Bulnes, hijo del citado general. En ella, el héroe, olvidado en su retiro de Boulogne sur Mer por la nación argentina, da las gracias á Bulnes, acusándole recibo de un envío de dinero que le hace el gobierno chileno, en recuerdo de sus antiguos servicios al país. San Martín felicita á Bulnes por el orden y la prosperidad con que se desarrolla la República chilena, y añade: «Esto trastorna las ideas de toda mi vida. Yo he creído siempre que no era posible la República en pueblos que hablan el español, y que éstos necesitan un rey para vivir tranquilamente».

Nótase en la mentalidad política de San Martín la influencia de su educación en España á fines del siglo XVIII. El respeto á la monarquía estaba muy arraigado en él.



CASA DE TUCUMÁN DONDE SE REUNIÓ EL CONGRESO DE 1816



BUENOS AIRES EN 1820 (Grabado de la época).

entereza venció á los monárquicos, y la República quedó proclamada.

El Director Pueyrredón, gobernante activo y hábil, intentó sin éxito contener el avance de los portugueses, que se aprovecharon del desconcierto público para enseñorearse de la Banda Oriental. Los mismos habitantes de estos territorios, cansados de los atropellos de las bandas de Artigas, y deseosos de paz, auxiliaban á las tropas portuguesas de ocupación, mandadas por el general Lecor. Además, el Gobierno argentino, á causa de la anarquía de las provincias, no podía reunir fuerzas suficientes para repeler la invasión portuguesa. Esta, luego de derrotar á los montoneros en el arroyo del Catalán, en Enero de 1817, se apoderó de toda la Banda Oriental, y Artigas tuvo que refugiarse en el Paraguay, al lado del tirano Francia, que en vez de acogerlo como huésped lo trató como prisionero, hasta que murió, obscuramente.

Lo que más preocupaba á Pueyrredón era la expedición de San Martín, luchando con la escasez de recursos para ayudarla en sus preparativos. Las provincias de Cuyo prestaron al general un auxilio espontáneo y patriótico. Hubo que aprontar 13.000 mulas para el paso de los Andes, guardar el secreto de los movimientos con objeto de sorprender al enemigo al otro lado de la Cordillera, y reunir enorme cantidad de víveres; todo ello sin dinero, confiando en la generosidad de los patriotas. Al fin, el general pudo emprender su arriesgada operación á principios de 1817. Combatir á los enemigos tenía como lo menos importante; lo difícil era luchar con la Naturaleza, pasar los Andes rápidamente, en pocos días; pues de la celeridad dependía el éxito de la operación, con un ejército numeroso, escasos víveres y los cañones desmontados y á lomo de mulas.

En la historia militar, el paso de los Andes por San Martín es una empresa igual al paso de los Alpes por Aníbal. Tal vez resulta superior al paso de Napoleón por el San Bernardo, á causa de la infe-



BUENOS AIRES. PLAZA DEL MERCADO EN 1820 (Grabado de la época).

los monárquicos, hombres de espada y de ley, la aspiración republicana tuvo en los sacerdotes su mejor representación.

El diputado por San Juan, Fray Justo de Santa María del Oro, mostróse el defensor más entusiasta de la República. Fray Cayetano José Rodríguez y el Dr. Anchorena, diputados por Buenos Aires, le secundaron ardientemente. El Padre del Oro llegó á amenazar con retirarse del Congreso, consignando una ruidosa protesta, si no se adoptaba la forma republicana. Su

rioridad de los medios que tuvo á su disposición el general argentino. Las hazañas de San Martín al otro lado de los Andes son bien conocidas. Cimentó la independencia de Chile y del Perú, y sólo se detuvo en su avance victorioso al llegar al Ecuador, donde se abrazaron él y Bolívar, los dos libertadores de la América del Sud.

* * *

Aparece San Martín como una de las figuras más simpáticas y varoniles, no de la historia argentina, sino de la Historia Universal.

Fué un soldado de brazo férreo; un conductor de ejércitos, de vista certera y gran inteligencia; un incansable y hábil organizador y, por encima de todo esto, un hombre de sano corazón y bellos sentimientos, sin las rudezas del guerrero profesional.

En el aislamiento de su vejez, abandonado de su patria, y sobrellevando con majestuosa serenidad la ingratitud nacional, este hombre fué más sublime que cuando salvaba los Andes y corría media América, como generoso Don Quijote de la libertad, emancipando á cuatro pueblos.

Su desinterés de vencedor sólo era comparable á su coraje de combatiente. «La victoria no da derechos». Peleaba por grandes ideales, por una Dulcinea que nunca había de ver. Cuando sus aspiraciones se convirtieron en realidad, otros las disfrutaron, mientras él, pobre y olvidado, vegetaba en su destierro de Europa.

En todas partes fué el primero durante su corta vida de triunfos y glorias. Luego pasó mucho tiempo como un muerto que se sobrevive, lejos de un país que había creado con su espada y en el que se movían cual histriones ebrios, sanguinarios déspotas, caudillos de provincia y toda clase de personajillos de revuelta. Durante treinta años, Europa, siempre que fijaba su vista en el Río de la Plata, era para hablar de Rosas, ¡y aún vivía San Martín, retirado en Francia, en una casita modesta de provincias! . . . A la ingratitud unióse un olvido semejante á la muerte en vida.

Este soldado glorioso, que pasó la última parte de su existencia en forzado descanso, apenas había conocido el dulce vagar de la infancia. Á la edad en que los niños se entregan á sus juegos, era ya cadete de un regimiento español y veía de cerca la muerte en los combates.

Nacido en Yapeyú, la antigua capital de las Misiones jesuíticas, de una familia de militares españoles; á los ocho años marchaba á la Península para su educación guerrera. Quería ser soldado como todos los suyos. Vistió en el regimiento de Murcia el uniforme azul y blanco, los dos colores favoritos de Carlos III, que habían de ser, años adelante, los del pabellón de la Argentina, y tomó parte en todas las operaciones militares de la época. Igual á los legionarios romanos, que hacían su aprendizaje combatiendo lo mismo sobre el mar que en tierra firme, el



UNA POSTA ARGENTINA (Grabado de 1820)

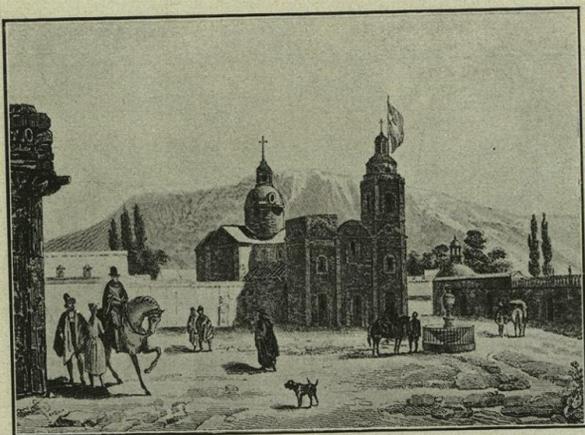
oficial San Martín se embarcaba en el Mediterráneo mandando la infantería de un buque de guerra, para batirse con la escuadra mandada por Nelson. En su retiro de Boulogne guardaba el glorioso guerrero un pequeño cuadro pintado por él mismo, que representaba el combate naval ocurrido el 12 de Febrero de 1798. Este día del año le inspiraba hermosos recuerdos. En un 12 de Febrero había alcanzado años después su victoria de Chacabuco.

San Martín conquistó á punta de sable, como brioso jinete, todos sus ascensos en el ejército español, hasta las charreteras de teniente coronel. En Bailén distinguióse tanto por su arrojo, que fué condecorado. En la batalla de Albuera, donde marchaban juntos españoles é ingleses, contra el invasor napoleónico, San Martín tuvo por general á Berresford, el mismo

que cuatro años antes había invadido Buenos Aires.

En 1812, al regresar á América, comenzó su verdadera carrera de gloria. Doce años después, al terminar la conquista de medio continente, se hizo la obscuridad en torno de él.

Un día, cuando vagaba pobre y resignado por Francia, encontróse con un español, antiguo compañero de armas en las guerras de la Península. El camarada de la juventud, el capitán Aguado, se llamaba ahora el marqués de las Marismas y era uno de los primeros



LA PLAZA DE MENDOZA EN TIEMPO DE LA EXPEDICIÓN DE SAN MARTÍN
(Grabado de la época).

financieros de París. Vivía en suntuosos palacios, ajustaba empréstitos con los gobiernos y fundaba poblaciones en el Norte de Francia, que hoy son famosos lugares de veraneo elegante. Ya no se separaron los dos amigos. San Martín fué el compañero de Aguado en su riqueza, como lo había sido en las parquedades del campamento.

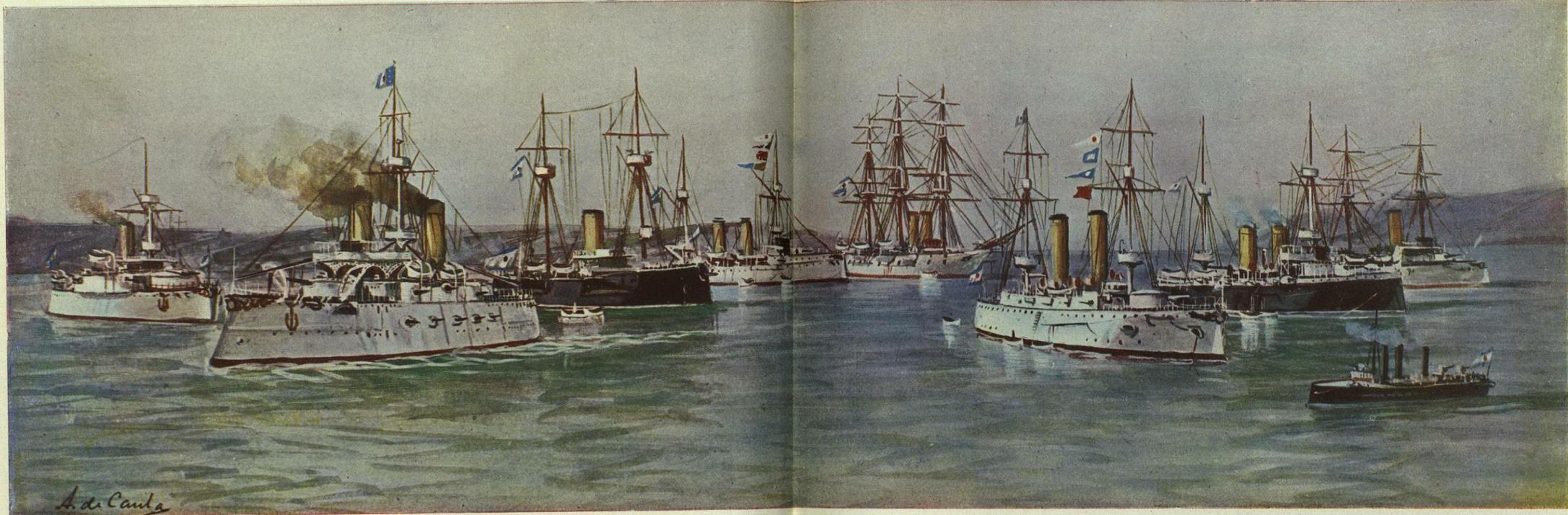
Parecía que fuese el destino de los grandes hombres de la Independencia sud-americana acabar sus días en cariñosa intimidad con algún español. Bolívar, amargado por la ingratitud de sus contemporáneos, murió en los brazos de un peninsular amigo. Rivadavia, expulsado de la Argentina, fué á acabar su existencia en Cádiz. San Martín no tuvo en su destierro otra alegría que la amistad de Aguado. Al morir éste, le dejó albacea de su cuantiosa fortuna.

San Martín, en las guerras de América, fué siempre generoso con sus enemigos. Eran antiguos hermanos de armas. Muchos de ellos habían combatido á su lado en la Península y, al verlos en desgracia, hacía justicia á sus méritos.

«Nos batimos con los leones de España — dice en uno de sus escritos —; pero venía con nosotros la Libertad, que es más fuerte que los leones.»

¡Alma noble, serena y bondadosa! En su retiro de Boulogne entreteníase por las mañanas limpiando su espada y sus pistolas de arzón, recuerdos de gloria que él llamaba con suave burla *mis chismes de guerra*, y servían muchas veces de juguetes á su nietecita.

Esta criatura tiranizaba con sus gracias infantiles al glorioso abuelo, que había tronado como un dios sobre las cumbres más altas de América. Un día que lloraba, no sabiendo el general cómo entretenerla, interrumpió su conversación con unos amigos para abrir un armario, y la entregó varias cintas descoloridas con medallas y cruces.



A. de Paula

Independencia

San Martín

Almirante Brown

25 de Mayo

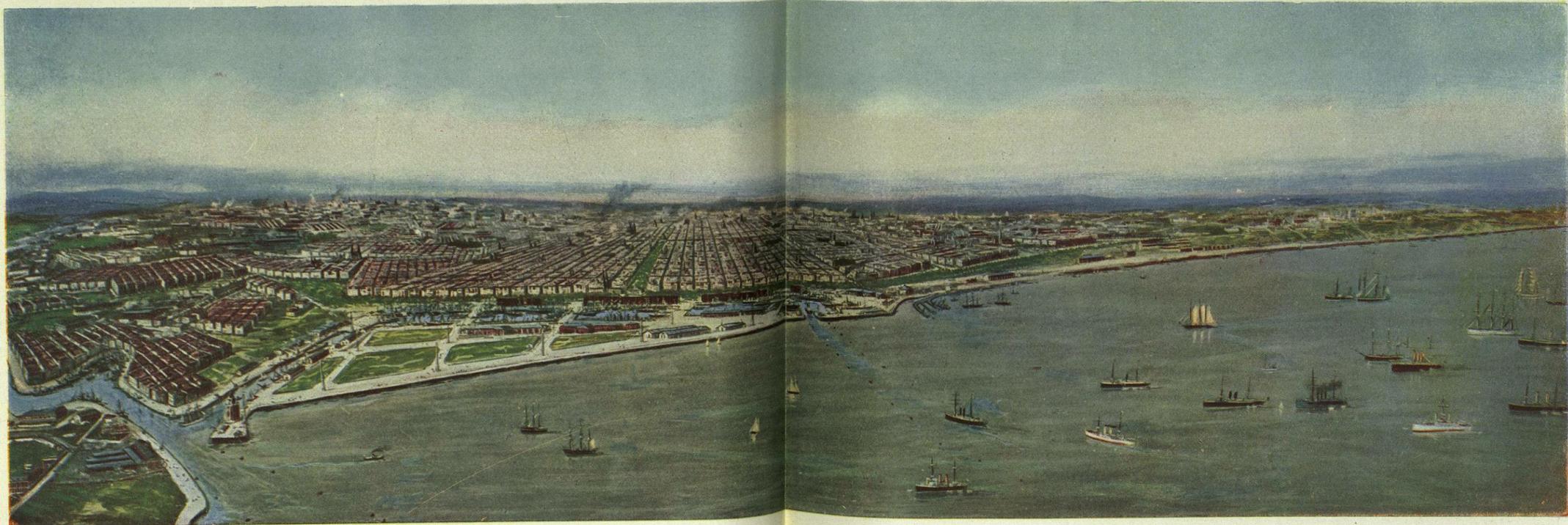
Sarmiento

Buenos Aires

9 de Julio

Anazonas
Tipo de torpedero.

DIVERSOS TIPOS DE BUQUES DE LA ARMADA ARGENTINA



VISTA GENERAL DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES